UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

LA MADRE

El estudio de la mujer es el más interesante que conozco en los anales de la humanidad. El hombre, desde el primer día, ha tenido á su lado un ser que, afrontando los acontecimientos, ha tomado parte en los sucesos con toda la fuerza de la necesidad y toda la energía de su corazón. Este ser implacable y modesto que inclina la cerviz y acepta su pretendida inferioridad, está en la sombra de la historia, fuerza menospreciada, terrible en el mal y que un pueblo inteligente y fuerte debería aplicar al triunfo de la libertad y de la justicia. No se habla de la mujer que ha creado nuestro mundo tal como es; ésta ha aceptado la posición que le hemos hecho y nos ha dado ese cambio de nuestros insanos amores, de nuestros recelos y de nuestros desprecios, un hogar desier-

to y frío, una vida solitaria y una sociedad ociosa y febril. Cuando el hombre rebaja á su compañera, cae con ella; la que para él nada supone en los asuntos de este mundo, es precisamente la que, á despecho de su voluntad, conduce á los pueblos á la grandeza ó á la decadencia. Todo historiador que no se ocupa del estudio de la mujer, deja de estudiar el gran resorte oculto é inconsciente que ha impulsado fatalmente á las naciones por las vías dolorosas que han recorrido.

El hombre nace, y Dios le da una criatura que debe seguirle y que debe identificarse con él. Así es que desde la cuna á la fosa, el hombre y la mujer deben caminar al mismo paso, y la historia se hará, no con el solo estudio del hombre, sino con el de la pareja. Ha sucedido que la dominación del hombre ha oscurecido á la mujer. Hoy, en nuestros tiempos de curiosidad, nos hemos acordado de la pobre olvidada y hemos interrogado á las edades, preguntándonos cual ha sido su verdadera misión y cual el papel que la hemos hecho representar. Cuando pienso en el movimiento que arrastra á nuestros pensadores á estudiar á la mujer, me explico perfectamente sus inquietudes y sus quejas. Han comprendido que cada uno de nosotros tiene cerca de sí un ser que nuestras costumbres han hecho inútil y hasta perjudicial; han leído, en lo pasado, el gran error que ha reinado en todo tiempo entre el esposo y la esposa; lo porvenir les inspira temores y han querido restablecer la pareja, con arreglo al pensamiento creador, empleando á la mujer en el bien y en el mejoramiento del hombre.

Todo el libro de M. Eugenio Pelletán está encerrado en esta idea; es á un tiempo mismo, una obra histórica y crítica, una requisitoria y una defensa; la exposición brutal de una enfermedad y la indicación del remedio. El autor, que es un poeta práctico, no ensalza á la mujer; se limita á declararla igual al hombre y á reclamar para ella, de hecho, el lugar que de derecho le ha concedido la naturaleza. La estudia en todas las épocas de la historia y escudriña enérgicamente lo pasado, para estudiar también las miserias; después, al llegar á nuestros tiempos, demuestra lo que somos y lo que son nuestras compañeras, y previendo un porvenir mejor, establece la gran ley de amor que debe regir las sociedades futuras.

Su libro, lo repito, tiene dos partes muy distintas: una histórica en la que apoya sus razonamientos con ejemplos que los siglos le ofrezcan, y de enseñanza y curación la otra, en la cual restablece la familia sobre una base fuerte y lógica, creando de este modo una sociedad cuyo poder será mayor cuanto más estrecha sea la unión de sus miembros.

Toda teoría descansa en una base; todo razonamiento debe descansar en una verdad. M. Pelletán sienta como principio, que el hombre y la mujer, creados de la misma arcilla, tienen seguramente una misión igual y común en la obra; los papeles que representan, sin parecerse, deben tener la misma importancia y completarse mutuamente. Al principio, el esposo y la esposa parten de la cuna común, sosteniéndose, ligados fatalmente. Ambos han avanzado por las edades tendiendo á un fin único. Mas ¿á qué paso han andado? ¿El buen acuerdo ha sido duradero? ¿Las dos criaturas han adelantado por la misma senda, tan poderosas una como otra?

Aquí comienza la aflictiva historia. El hombre, al cabo de algunas horas de camino, ebrio de poder y de fuerza, se ha olvidado del ser

dulce y amante que llevaba del brazo; ha redoblado el paso dejándose seguir, y concluyendo por encontrar placer en ser seguido, ha menospreciado á su compañera que no tenía su brutalidad ni su egoismo, sin acordarse de ella más que cuando ha tenido necesidad de un hijo ó de un vaso de agua. La mujer ha inclinado la cabeza; llorando primero su abandono, para concluir por vengarse. Y de esta manera ha caminado la pareja á través de los siglos. Ambos esposos, al salir de la tierra, se pusieron en camino como amantes compañeros; después, han llegado hasta nosotros uno dueño y otro esclavo, uno detrás y otro delante. El amo manda, jura, se declara superior y llora de miseria y de soledad; la sierva acepta su inferioridad, sonríe con maldad ó solloza como una simple, se arrastra por el suelo y no es más que un peso para el hombre que la lleva y al cual ella debería sostener. Se me representa un gigante ridículo á quien sigue un enano malicioso, unidos vencerían al mundo, pero se entretienen en reñir por el camino y sólo les queda el sentarse en la orilla y desesperarse.

Tal es la historia de la humanidad. La pa-

reja ha caminado siempre desparejada. La mujer ha sido rendida, la mujer ha sido aprisionada, la mujer ha sido destinada al uso común como el agua de las cisternas. El hombre ha empezado robando á su compañera, después, cuando ha pensado en la honradez ha consentido en comprarla y ha comprado una, dos, tres, cuatro, y como la mercancía era costosa la almacenó con triples cerrojos. En otros países ha habido acuerdos entre los hombres; éstos han tomado la medida económica de no comprar mujeres, sino tener un fondo común, una especie de pósito á expensas del cual vivía la nación. Estamos lejos, ya lo véis de la pareja ideal que nacía para vivir libre é igual en su unión.

Llegados á este punto estamos aún en plena barbarie. La mujer no es más que un género, una necesidad. Los pueblos se civilizan y la mujer se convierte en un juguete. Sin embargo, el hombre no la compra ya, y por lo tanto, la mujer comienza á tener una existencia personal. Grecia la manumitió. El Olimpo con su Venus, su Juno y todas sus diosas humanas, da á la tierra la belleza y el amor, el poder y la voluntad de la esposa. Mas cuidado con equi-

vocarse; en lo dado no hay más que poesía y bellas maneras; la esposa en el fondo, permanece, objeto de primera necesidad, y la amante es sólo un motivo de placer y de lujo. En Esparta hubo, sin embargo, una tentativa de manumisión; la mujer fué hecha hombre, lo que mató el amor é hizo nacer el desorden.

En Atenas, por el contrario, encontramos á la verdadera mujer griega; allí la esposa está sujeta y el serrallo existe casi; allí la mujer no es ya una mercancía, sino un mueble que debe estar en casa so pena de deteriorarse. Cuando la vida activa está detenida, cuando se ahoga la inteligencia, cuando se obliga á una criatura á permanecer cruzada de brazos, esta criatura debe sufrir horas de locura, momentos en que cambia su tranquilidad por cuanto la licencia tiene de más monstruoso. Las bacanales nacen directamente de la reclusión. La hetaria mató á la mujer legítima, la amante con toda su inteligencia y toda su belleza pudo más que la esposa. Los griegos no tenían hogares, cada uno guardaba en su casa una máquina de reproducción, simple y pesada, que estaba allí para darles hijos; fuera, todos tenían amantes blancas y nacaradas, sabias y bellas, cuya

misión era embelesarlos y retenerlos á su lado. Cambiad de lugar á esas amantes y á esas máquinas, poned á la esposa en la calle y á la hetaria en el hogar, y este último se convertirá en un centro; la familia se constituirá, y la sociedad será más grande y más fuerte.

En Roma hallamos la propia historia. El hombre, como en Grecia, tiene allí la mujer por un error de la naturaleza. La admite á título de compañera porque no puede pasar por otro punto; pero se apresura á manifestarle su odio y su desprecio. Algo se adelanta, sin embargo, porque la matrona goza de mayor libertad. Mas todas las gracias y todas las seducciones de Atenas pasan el mar, y Mesalina nace del lujo y de las artes. El mundo romano se hunde en un espantoso libertinaje.

Viene entonces el cristianismo, y desconfiando de la mujer, la acoge como adepta y la desecha como esposa. La mujer es, después de todo, un instrumento de perdición; no tiene alma y los santos deben apartarse de ella y maldecirla. Que ruegue, que se humille, que habite en las iglesias; ese es su papel. El matrimonio cristiano es la última concesión hecha

á la naturaleza; el estado de pureza es el celibato. Entonces es cuando la mujer cristiana se acerca á la bárbara, á la joven del Norte comprada por el marido. Después de haber fermentado juntas mucho tiempo, según la expresión de M. Eugenio Pelletán, el cristianismo y la barbarie engendran el feudalismo, y el autor añade: «La caballería fué simplemente un sistema de bigamia patrocinado por el clero y consagrado por la opinión.» La mujer es reina, sin tener libertad ni moralidad. El progreso es este: la hembra pone á prueba su imperio, se encuentra llena de gracia y de hermosura, y podrá vencer mañana.

Y llegó el mañana y venció. Venció en el *hotel de Rambouillet*, en el *boudoir de Ninon de Lenclos*, en el cadalso y delante de la estatua de la Libertad. La marquesa de Rambouillet, Ninon de Lenclos y Mad. Roland son las tres grandes vencedoras; la primera dió inteligencia á la hermosura de la mujer; la segunda se hizo hombre y tomó acta de su libertad; la tercera se hizo ciudadano, y murió por lo verdadero y por lo justo. A partir de entonces, la mujer es nuestro igual de hecho, como antes lo era en teoría. Tiene un alma y una inteli-

gencia, y es nuestra amiga, nuestra compañera y nuestro sostén.

Yo sé que la pareja no adelanta todavía con paso seguro por el áspero sendero; por esto precisamente ha escrito su libro M. Pelletán. La esposa ha alcanzado al esposo; ya no va detrás de él como una sierva. Pero su paso es aún inseguro y ella no está tan unida con su compañero que pueda abandonarse confiadamente. La enfermedad está conocida; sólo se trata de curarla radicalmente,

El remedio es sencillo, dada la misión de la mujer. Esta misión consiste, lo repito, en ser la colaboradora del hombre en la obra común, la compañera fiel, el seguro apoyo, el igual conciliador y cariñoso. Es, pues, necesario ante todo libertar á la mujer, libertar su cuerpo, su corazón y su inteligencia.

Es menester instruirla, hacer que sea nuestra hermana de pensamiento. Esta es la gran redención. Que la mujer en el hogar no sea solamente un ama de gobierno y una máquina de reproducción, sino un alma que comprenda la de su marido, un pensamiento que comunique con el del hombre escogido y amado. La fundación de la familia nacerá de la

unión intelectual del padre y de la madre. Cuando tal suceda existirá verdaderamente el matrimonio y habrá penetración completa. Todo el mal proviene de la ignorancia en que voluntariamente mantenemos á nuestras compañeras; no podemos simpatizar con ellas, porque de ellas hacemos seres diferentes de nosotros; las menospreciamos luego, y acabamos por desertar del hogar. Pido formalmente que se hagan demoler todos los colegios de señoritas existentes, y que sobre sus ruinas se edifiquen colegios en los cuales nuestras hijas se eduquen como nuestros hijos. Al salir de los colegios, niños y niñas se estrecharán las manos como compañeros, y se comprenderán.

Después de haber libertado la inteligencia, es menester libertar el corazón y el cuerpo. Es necesario conceder á la mujer la igualdad ante la ley y restablecer el divorcio. La cuestión de los hijos es secundaria; buscaremos una ley que sirva de salvaguardia á sus intereses. Pero lo que es de todo punto necesario romper, es el lazo de hierro que une eternamente dos seres uno á otro. Es de gran necesidad que el hombre y la mujer sean libres en

su unión, y que no sea un artículo del Código lo que les haga ser fieles.

Cumplida esta ley, la pareja caminará con firmeza; estará unida por el cuerpo, por el alma y por la libertad misma del matrimonio. La unión será más digna, más elevada y más duradera. La pareja no formará un solo ser que cumplirá en su unidad todos los actos de la vida, sociales y privados.

Tal es el libro de M. Eugenio Pelletán. Estoy de acuerdo con las conclusiones del autor, aunque sé positivamente que no contaremos con la aprobación de la mayoría. La mujer sabia, la mujer ciudadana, ¡se presta tanto á que la pongan en solfa! Reid, y dejadnos que esperemos.

He dicho que M. Eugenio Pelletán es un poeta práctico. No podría definirle mejor. Leyendo su libro no he podido menos de recordar las bellas fantasías de M. Michelet, que es un poeta que poetiza. M. Michelet se postra de hinojos, se inclina y adora; la mujer es un dios, un ídolo dulce y atormentador, enfermizo y celeste; es menester amarlo, amarlo mucho y extasiarse contemplándolo, y vivir de su aliento y su ternura. M. Eugenio Pelletán, por

el contrario, no lanza un suspiro; trata á la mujer como á un compañero, y la realza para que camine como un hombre á nuestro lado; la ama y quiere ser amado por ella, pero desea, sobre todo, que mujer y hombre amen la libertad, la verdad y el derecho. En los libros del uno hallamos ruegos, apasionados éxtasis, un mundo de luz y de perfumes, un cielo en pleno ideal y en plena felicidad; en los del otro consejos rudos y sanos, amor franco y libre, un mundo justo y verdadero. Yo leería á M. Michelet para arrobarme con su bella y suave poesía, cuando, con el alma manando sangre, tuviera necesidad de una hermosa mentira que me consolara de lo real; pero leería á M. Eugenio Pelletán cuando con ánimo entero quisiera lo posible y me sintiera con fuerza para tocar la realidad.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO